

LA FILOSOFÍA DE “EL CAPITAL”

En el centenario de Marx

Wenceslao Roces

El capital, la obra maestra de Marx y la preocupación de su vida entera, es sin duda una obra de economía política. *Crítica de la economía política* le puso por subtítulo el propio autor, refiriéndose con ello, evidentemente, a los problemas culminantes de la economía que se hallaban en crisis y que debían ser examinados sin contemplaciones. *El capital* es, fundamentalmente, la crítica científica y al mismo tiempo revolucionaria, implacable, del modo de producción del capitalismo, cuyos orígenes históricos fraudulentos y rapaces y cuyos métodos de usurpación, inseparables de su esencia, pone de manifiesto su autor con abundancia de métodos probatorios.

Pero en su modo de concebirse y desarrollarse, *El capital* responde a lo que podemos llamar su filosofía, su lógica, la concepción filosófica del propio Marx, su método de investigación y de exposición, que, consecuente con los descubrimientos de Marx y con la concepción de la historia y de la ciencia ya de largo tiempo atrás sustentados y defendidos por él, no podía ser otra que la concepción dialéctica de la historia, asentada filosóficamente sobre bases materialistas.

Ya en los *Grundrisse* o “Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política”, el “borrador” de los años 1857-1858, trabajo recientemente descubierto y editado por el Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú, había un apartado en ocho páginas de la llamada “Introducción”, consagrado al “Método científico certero”: la elevación por medio de la abstracción a los conceptos sencillos y generales, a las relaciones determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etcétera. Una vez fijados o abstraídos estos momentos determinantes “comenzaban —proseguía Marx— los sistemas económicos, para remontarse hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial”; “tal es, evidentemente —razonaba el autor—, el método científico exacto: elevarse de lo abstracto a lo concreto... Pues lo concreto —explicaba— es concreto porque es la síntesis de muchas determinaciones y, por tanto, la unidad de la diversidad”. Y en el proceso de pensamiento se representa, por tanto, como un camino de síntesis, como resultado y no como punto de partida, “a pesar de que es el punto de partida real”.

Así pues, en la ruta filosófica del conocimiento del marxismo, tal

como su fundador lo preconiza, hay que remontarse desde el punto de partida de la plena representación para pasar a la determinación abstracta y, desde ésta, elevarse luego a lo concreto, “logrando así la reproducción de lo concreto por la vía del pensamiento” (pp. 21s de los *Grundrisse der Kritik der politichet Oekonomie*).

Y a continuación, contrastando su método con el de Hegel en palabras muy llenas de significado, agregaba: “Hegel caía por ello en la ilusión de captar lo real como resultado del pensamiento, que —según él— se sintetiza, se ahonda y se mueve por sí mismo, mientras que el método consistente en remontarse de lo abstracto a lo concreto es simplemente el camino por el que el pensamiento se apropia lo concreto, lo reproduce como lo concreto espiritual.” Y en seguida pone este ejemplo esclarecedor: “la categoría económica más simple, digamos el valor de cambio, presupone la existencia de la población, una población que produce bajo determinadas relaciones” (*op. cit.*, p. 22).

Diez años más tarde fue lanzado a la luz, tras una serie de titubeos y puntualizaciones, el tomo I de *El capital*, precedido de una elaboración tan larga, tan difícil y tan abnegada. En el prólogo a la primera edición alemana señala Marx el proceso milenar que el hombre necesitó para llegar a explicarse la forma del valor, ya que el análisis de las formas económicas no dispone de otro medio que la capacidad de abstracción (*El capital*, t. I, Fondo de Cultura Económica, p. xiv).

“En la presente obra —dice a continuación— nos proponemos investigar el *régimen capitalista de producción* y las *relaciones* de producción y circulación que a él corresponden.” A continuación, entrando en el problema medular, señala que “lo que de por sí nos interesa en esta obra no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista, [sino] más bien estas leyes de por sí, estas tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad”.

La existencia de leyes científicas como engarce necesario y esencial entre los fenómenos económicos y la fijación de las leyes fundamentales que presiden el modo capitalista de producción: he aquí, señalado en su esencia misma, el método y la fundamental finalidad perseguidos en *El capital*.

“La finalidad última de esta obra es, en efecto, poner en relieve la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna”, dice algunos párrafos más adelante en este mismo prólogo su autor. Para Marx ni el modo de producción capitalista ni ninguna otra formación económico-

social es un conglomerado de hechos acaecidos al azar sino un proceso histórico-social regido por tendencias fundamentales, a que damos filosóficamente el nombre de *leyes*. Leyes y categorías económicas —dice a continuación— a las que responden *determinados intereses y relaciones de clase*.

A esto se reduce, sustancialmente, el contenido del prólogo al tomo primero de *El capital*, en lo que a este problema fundamental —las leyes y el carácter sujeto a ley de los fenómenos económico-sociales del capitalismo— se refiere.

Entre las tres leyes fundamentales de la dialéctica materialista se destaca, como es sabido, la llamada “ley de la negación de la negación”, cuya aplicación metodológica fundamental pone de manifiesto Marx en uno de los capítulos más importantes de *El capital*: aquel en que expone y razona la que llama “acumulación originaria del capital”, es decir, la formación histórica primitiva de los elementos fundamentales para lo que será el capitalismo y, principalmente, para el nacimiento de la “fuerza de trabajo” del proletariado y la entrega total de éste a la explotación del capitalismo.

En su libro *Los problemas de la dialéctica en El capital de Marx*, estudia el profesor soviético M. Rosenthal, con mucha claridad, el profundo significado del concepto filosófico de “ley” y “adecuación a ley” en la dialéctica marxista.

“Toda investigación científica tiene que reflejar la realidad objetiva —dice Rosenthal en la p. 20 de su obra—, exponer los fenómenos externos en sus conexiones internas esenciales y necesarias... En *El capital* —añade— Marx consagra viva atención a este aspecto del método dialéctico, ya que su mira es estudiar un organismo social tan complejo como la sociedad capitalista en sus conexiones internas y visto en su coherencia y unidad, como un todo”. Y un poco más adelante Rosenthal señala con mucha nitidez lo que Marx entiende aquí por “ley”, definiendo por ejemplo la tendencia a la baja de la tasa de ganancia o “ley decreciente de la ganancia” como “la conexión interna y necesaria entre dos cosas”, para citar solamente una de las leyes desentrañadas en *El capital* y que figuran tal vez entre las más controvertidas hoy.

Y no deja de ser curioso, una de esas ironías de la historia de que habla Hegel, que en la polémica desatada en torno de este problema filosófico de las leyes científicas Marx encontrara ya entonces e invocara decidido apoyo en las doctrinas de algunos pensadores rusos. La razón histórica de ser de esta coincidencia aparece, naturalmente, mejor ilumi-

nada por el hecho elocuente de que la traducción rusa de *El capital* fue una de las primeras que salieron de las prensas. Hecho importante que, evidentemente, no ilustra la gratuita creencia de que, en los medios intelectuales de aquel entonces, Rusia acusara una profunda ignorancia. De ser esto verdad, tampoco tendría justificación histórica el hecho de que una de las principales y más altas escuelas del marxismo surgiera principalmente en aquellos años de Rusia, encabezada por la figura, más tarde tan debatida, de Jorge Plejanov.

Pero volvamos a nuestro problema. "Al contrario de Hegel —dice Rosenthal (p. 35)— Marx examina los nexos internos entre los que él llama 'los hechos testarudos', de los que se desprenden las leyes económicas objetivas del modo capitalista de producción." No es el pensamiento ni es una idea preconcebida lo que entrelaza entre sí los fenómenos sino su propia conexión objetiva, reflejada en leyes. Los hechos hablan por sí mismos y es la conciencia la que descubre las conexiones implícitas en ellos.

La segunda edición alemana de *El capital*, publicada en 1873, incluye el famoso "Postfacio", documento importantísimo sobre el antagonismo entre la dialéctica idealista hegeliana y la dialéctica materialista de Marx. Hablando de la "excelente traducción rusa de *El capital*, Marx se detiene a examinar el libro publicado por el profesor de economía política de la Universidad de Kiev N. Sieber con el título de *Teorie Zennosti i Kapitala D. Ricardo* ("La teoría del valor y del capital de D. Ricardo"), en la que informa acerca de la teoría del valor, del dinero y del capital en Marx. "El lector occidental de este sólido libro —comenta Marx en el Postfacio a la segunda edición alemana de su obra— se encuentra sorprendido ante la reciedumbre con que el autor ruso mantiene su punto de vista puramente teórico."

En el mismo Postfacio recoge y cita Marx los elogios dedicados al método marxista por la revista rusa *Wiestnik Ievropi* ("Mensajero de Europa"), cuyo autor comenta lo siguiente:

"Lo único que a Marx le importa es descubrir la ley de los fenómenos en que la investigación se ocupa. Pero no sólo le interesa la ley que los gobierna cuando ya han cobrado forma definitiva y guardan entre sí una determinada relación de interdependencia... Le interesa, además, sobre todo, la ley que rige sus cambios, su evolución, es decir, el tránsito de una forma a otra, de uno a otro orden de interdependencia... Por tanto, a Marx —sigue diciendo su comentarista ruso de aquel tiempo— sólo le preocupa una cosa: demostrar mediante una concienzuda investi-

gación científica la necesidad de determinados órdenes de relaciones sociales, poniendo de manifiesto del modo más impecable los hechos que le sirven de punto de partida y de apoyo. . . Marx —continúa el expositor que trata de resumir su método— concibe el movimiento social como un proceso histórico-natural regido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres sino que, además, determinan su voluntad, intención y conciencia. El valor científico de sus investigaciones —concluye— estriba en el esclarecimiento de las leyes sociales que persiguen el nacimiento, la existencia, el desarrollo y la muerte de un determinado organismo social y su desplazamiento por otro más elevado.”

Con lo cual —dice Marx— el citado autor se limita a describir de un modo muy acertado y muy benévolo, además en lo que a él personalmente atañe, el método dialéctico.

En este mismo Postfacio a que nos estamos refiriendo, en las pp. XXIII-XXIV, puntualiza Marx, en términos que podemos considerar como clásicos, lo sustancial de su método:

“Mi método dialéctico (es decir, el método dialéctico materialista) no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él. Para Hegel, el proceso del pensamiento, que él convierte, incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo [el forjador] de lo real y esto la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal no es, por lo contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre.”

Y, un poco más adelante: “el hecho de que la dialéctica sufra en manos de Hegel una mitificación no obsta para que este filósofo fuese el primero que supo exponer de un modo amplio y consciente los términos generales del movimiento. Lo que ocurre es que la dialéctica aparece en él invertida, vuelta cabeza abajo. No hay más que darle la vuelta, mejor dicho, ponerla en pie, y en seguida se descubre bajo la corteza mística la semilla racional.”

Lo que Marx hace, pues, él mismo lo dice, es desmitificar a Hegel, convirtiendo las leyes de su dialéctica de leyes del pensamiento en leyes de la materia, es decir, en leyes objetivas, que brotan de la misma realidad material, asimiladas y aplicadas luego por la conciencia de los hombres. No se discute, pues esto nada tiene que ver con el materialismo en sentido marxista, la importancia o la jerarquía de las ideas sino su primacía, su lógica prioridad.

Por último, en este mismo Postfacio (p. XXIV) figuran las siguientes

palabras realmente inmortales de Marx, con las que quiero concluir, pues en ellas se puntualiza con una fuerza expresiva excepcional el profundo sentido revolucionario de su filosofía, que brilla con gran fuerza en *El capital*:

“La dialéctica mitificada llegó a ponerse de moda en Alemania porque parecía transfigurar la existencia. Reducida a su forma racional, la verdadera dialéctica provoca la cólera y es el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios, porque en la inteligencia y explicación positiva de lo que existe abriga a la par la inteligencia de su negación, de su muerte, forzosa, porque, crítica y revolucionaria por esencia, enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento sin omitir, por tanto, lo que tiene de precedero y sin dejarse intimidar por nada.”

Nors immortalis, como dijo Lucrecio.